

Cuando la arquitectura encontró al cine

Pedro Molina-Siles y Jordi Revert

El cine aparece desde el preciso momento en que se confiere movimiento real a la imagen. Y no lo hace solo, sino acompañado de un arte ya consolidado como la arquitectura. Un encuentro reciente que ha permitido que ambas disciplinas vayan cogidas de la mano, nutriéndose la una a la otra. La arquitectura en el cine ya estaba presente en aquellos lugares reales localizados y filmados por los *cameramen* de los hermanos Lumière, para así plasmar el testimonio de una época, y también en esos decorados funambulescos que Georges Méliès construía para dar forma a sus fantasías. Tanto en una como en otra hay un elemento fundamental —el espacio— que permite generar una actividad de interacción entre ambas y que ha sido objeto de necesidad desde los albores del cine. Puede llegar a ser protagonista de la arquitectura, permitiendo que esta no solo sea un arte o una imagen, sino una escena en la que se desarrolla una vida —una realidad—, la nuestra, en la que nos podemos mover y desplazar. Sin embargo, esa vida, con su arquitectura, espacio y movimiento, puede no ser real, puede ser filmada y reproducida en otro espacio donde adquiere otra dimensión, otra realidad. En esta otra vida —irreal— reside el espacio cinematográfico. He aquí, pues, dos medios —arquitectónico y cinematográfico— tan distintos que bien podría decirse de ellos que son radicalmente incompatibles: a la solidez y a la naturaleza física del primero se le opondría el parpadeante y efímero ilusionismo de lo proyectado en la pantalla. Pero no cabe duda que entre estas dos formas de expresión se ha producido una relación de concordancia que provoca una confluencia en múltiples niveles que afecta tanto a la esencia del cine como al corazón de la arquitectura. Se ha escrito tanto acerca de esa simbiosis, que se llega a pensar por momentos que todo está dicho y escrito. No es así. En esta edición de *L' Atalante* hemos querido plasmar otros puntos de vista, otras interferencias. Cada uno de los ensayos del Cuaderno, procedentes de trabajos realizados en diversas universidades, representa una manera diferente de tratar las relaciones entre ambas disciplinas, las cuales también son analizadas a través de una entrevista con Antxón Gómez, director artístico español avalado por una sólida trayectoria a nivel nacional e internacional. El número se completa con una reflexión sobre la presencia del cine en las aulas, donde han dialogado especialistas en la materia que reflexionan sobre la enseñanza del audiovisual en España. Por último, en la sección Puntos de Fuga se analizan temas varios de diversa índole, tales como la femineidad y el liderazgo de la heroína histórica a través de *La leona de Castilla* (Juan de Orduña, 1951), la naturaleza del efecto documental y los avatares de la verdad discursiva, o las relaciones entre el cine y el *manga* en dos textos que nos permiten adentrarnos en una veta de la intermedialidad entre la imagen cinematográfica y la gráfica que, obligados por un ejercicio de selección y síntesis, no pudimos explorar en nuestro último Cuaderno dedicado a los trasvases entre el cómic y la pantalla. Tras la lectura de este número, pretendemos poner de manifiesto ante el lector que la arquitectura siempre está presente en el cine, pues ambas se necesitan, se ayudan y siempre acaban por encontrarse. Y es en ese encuentro donde la imagen halla su identidad, forjada en el espacio-tiempo, efímero y eterno, ilusorio e irreal. ■